

ÁLVAREZ SÁEZ, Ángela, *El hijo culebra*, Albacete, InLimbo, 2020, 103 págs.

PAULA FERNÁNDEZ VILLALOBOS  
Universidad de Granada

---

Las palabras son helechos y flores preciosas que brotan de nuestro centro, de nuestro ser más oculto. Pero Ángela Álvarez Sáez va más allá y consigue mostrarnos sus raíces en su recién publicado poemario, *El hijo culebra*. La poeta aborda mediante un ejercicio lírico profundamente metafórico una serie de pensamientos e ideas transcendentales de gran peso. Cuestiones acerca de la vida y la muerte, la maternidad, los cuidados de un hijo o el amor, fluyen a lo largo del río que representa este poemario, transportadas por una culebra que aparece y desaparece dentro de un útero femenino infértil y doliente, que carga al lector de emociones fuertes y lo mantiene en vilo sin darle un solo respiro.

*El hijo culebra* consta de ciento once poemas estructurados en nueve partes, precedidas de diferentes citas en las que la relación materno-filial se nos revela en toda su crudeza. Así, *El hijo culebra* es un poemario sobre la vida, de hecho, podría decirse que vive varias vidas, ya que Álvarez Sáez muestra diferentes voces líricas: la de la madre: «Pienso en mis

hijos abortados / Pienso en ti. Óvulo florecido. Óvulo que serás hijo. / Hijo / que no me hará madre» (p. 19); «No hay bebé. Mes a mes veo un río rojo llevarse su cuerpo» (p. 47), la del hijo: «Papá y mamá dibujaban / las letras de mi nombre / antes de que yo naciera» (p. 11); «Soy un monstruo comiéndome / la vida de mis padres» (p. 71), e incluso la de la gestante: «La familia se sienta alrededor / de la mesa. El marido / mira. El hijo mira. El reloj viene y va. / El reloj nos asfixia» (p. 61). Asimismo, no solo encontramos poemas al uso, sino diarios —ficticios— y partes absolutamente narrativas a modo de novela en verso. La tradición poética queda completamente alterada por temáticas novedosas como la gestación subrogada, además de una serie de recursos novedosos que dan voz a un yo femenino que nos ofrece el esqueleto hecho pedazos de un útero yermo y de un neonato que nunca llega a abrir sus ojos al mundo.

Un aspecto interesante y sobresaliente de la obra es el tratamiento del dolor, concretamente, del dolor interno: «Mi cuerpo quema. / Abra-

sa, Algo va mal. Vi la sangre. Vi la ofrenda. Mi bebé» (p. 48); «¿Qué hacer con este amor duro y seco que ha crecido en mi/ vientre?» (p. 49); «La culpa viene a grandes sorbos» (54). Lo curioso es que Álvarez Sáez lo plantea como el agente que —a su manera— devuelve un rayo de luz a la voz poética. Esta no se aferra a este sentimiento, hundiéndose con él hacia lo más profundo de su ser, sino que se sirve de él, del mismo modo, para deconstruir las experiencias traumáticas que han supuesto sus embarazos fallidos. De esta premisa surge la apuesta de la autora por un enfoque intimista que desgarrar y se clava en nuestras entrañas como un cuchillo, pero que, a su vez, consiguen momentos de gran belleza: «No te veré crecer fuera de mí. Serás para siempre mi adentro» (p. 21). Todo esto incide en la soledad del yo, especialmente en la parte I, en la que se citan unos versos de la poeta venezolana María Auxiliadora Álvarez que reflejan a la perfección ese paraje oscuro que transita el sujeto lírico en su frustración maternal: «usted nunca ha parido / no conoce / el filo de los machetes / no ha sentido / las culebras de río» (p. 23), unos versos a los que la poeta le da forma en: «Me he bañado en el río. He sacado los machetes / del fondo del río. He bajado a la culebra» (p. 21).

Para el sujeto, la maternidad, ese bebé culebra que se desliza por su vientre, es la luz al final de un túnel que no parece tener principio ni final. Su relación imposible y frustrada con ese «óvulo / de tierra» (p. 81) es el placebo que la mantiene a flote. La conexión que surge entre ellos es inexplicable: «Mamá, mi cuerpo termina / donde comienza para mí / la hora de tu fertilidad» (p. 41). Está claro que proviene del amor incondicional de una madre, al igual que de una intimidad única que solo puede establecerse entre aquellos que han sentido las culebras del río alguna vez: «Es necesario que te tenga en brazos. Que te acune. Que te cante» (p. 48); «Sus últimos latidos se desplazaron por / encima de mi pecho. Lo besé dentro de una oscuridad rota» (p. 51).

*El hijo culebra* es un poemario puramente emocional y corporal. Cada verso parece demostrarnos ese balbuceo de un cuerpo abierto en canal, la unión amarga e irrevocable de la pérdida en todas las salas blancas de un hospital. Un yo herido por la ausencia de nacimiento. La muerte en la vida, esa sentencia de Roque Dalton: «es hora de decirte / lo difícil que ha sido no morir» (p. 59) —poeta que citado por Álvarez Sáez que incluso abre la parte V del poemario— es, en de-



finitiva, el axis central de esta obra, que enfrenta al sujeto con la nada después de la muerte de su propio todo. Esto conduce a lo que se conoce como *anéantissement*, es decir, a una situación frustrante en la que el sujeto da vida en la muerte, desmembrándose en pedazos que salen de su cuerpo pero que aún continúa sintiendo dentro de sí. Tal y como cuando se produce la amputación de un miembro corporal. Ese sentimiento del miembro fantasma, rondando y palpitando en su complejidad, a pesar de su ausencia.

Para finalizar, no cabe duda de que Álvarez Sáez adquiere un profundo conocimiento de la maternidad, tristemente, por la sucesión de eventos traumáticos y dolorosos. No obstan-

te, la poeta consigue abrir una ruta interior por su cuerpo creando un vínculo natural y sacro entre su identidad y el poema: «Y he encontrado las palabras que sanan. / Esto era el amor» (p. 102). Vemos distintas formas, distintas etapas, una feminidad de luces y sombras, que, a pesar de no ser completada con el nacimiento de un hijo, consigue calmar esa herida desbordante de sangre, abierta con la hoja afilada de un machete: «Ahora veo a mis hijos, / los nacidos y los no nacidos» (p. 101). Al final todo nos lleva a la conclusión de cerrar un ciclo, el duelo eterno de una madre y ese hijo que nunca llega a ser. Una espiral de incertidumbre, culpas y reclamos asolan a un sujeto que encuentra ese poema perfecto que viene y la salva del abismo.



